

HABLAN LOS JOVENES

JOVENES Y JUVENTUD: UNA PRESENTACION

Helio Gallardo

La década del sesenta fue especial, desde el punto de vista de una reconfiguración de los movimientos sociales. En Europa y Estados Unidos tuvieron expresión pública ecologistas y feministas que apenaron a la lucha social una sensibilidad que, con el persistente despliegue de los movimientos originales, y su traspaso, resonancia y asunción en todo el mundo, pareció anunciar, para el siglo que ya se presentía una nueva espiritualidad popular. En América Latina, la Revolución Cubana agitó y fragilizó todo el espectro social y político y potenció una recharacterización de los sueños y de la producción simbólica. El empobrecido y postergado como actor revolucionario, la lucha armada, la teoría de la dependencia, una nueva relación entre fe antropológica y religiosa que hacía de la experiencia de Dios algo enraizado y liberador fueron aspectos que materializaron, con alcances diversos, la conmoción sufrida por las instituciones, las aspiraciones sociales y las personas.

Ernesto Che Guevara, Camilo Torres, impactaron como símbolos de una resistencia ejercida en América Latina, pero que fue mundialmente aceptada y asumida. La voluntad y los sueños de Martín Luther King se proyectaron, así mismo, como signo de un mundo que debía ser transformado. La guerra en Vietnam exigió que la resistencia se vinculara inextricablemente con la solidaridad y amplió, más allá de la racista cultura asesina del imperio, la noción de género humano y de humanidad. El movimiento *hippie*, la música y la expresividad *rock*, como manifestaciones contestatarias, condensaron complejamente malestares e irritaciones sociales y utopías que, entre tanteos, buscaron materializar una nueva y efectiva liberalidad.

En este clima, en el que las instituciones básicas (la propiedad, las iglesias, el Estado, la sexualidad, la educación) más que pensadas, eran enfrentadas y alternadas, muchos jóvenes, no la juventud, se

quisieron (valoraron) a sí mismos, desde la variedad de sus circunstancias, mediante roles protagónicos que ellos mismos se construían (las instituciones de la dominación, para contrarrestar el mal ejemplo, reforzaron y propagaron, con más medios, la imagen del "rebelde sin causa"). Como movimiento social, es decir como procedimiento y proclama, los jóvenes se manifestaron masiva y explosivamente por una sociedad humana (con "contactos" humanos, como el diálogo y el amor), construida por oposición a los realismos implacables derivados del mercado y del plan, en el Mayo francés (1968). La represión—la policía, los medios masivos, los partidos del "orden"—calificó entonces a las muchachas de "putas" y a los muchachos de "judíos". La radicalidad de los jóvenes y del movimiento estudiantil "Hay que cambiar de vida" (Rimbaud) y "Reforme, mon cul" (Queneau), reanimó al fascismo. El mismo año, en Tlatelolco, la manifestación con que jóvenes y obreros mostraban su voluntad para contribuir a la liberación de los mexicanos del poder del Estado (y del PRI) fue arrasada mediante una indiscriminada masacre. En el capitalismo periférico latinoamericano aspirar a que la política se discuta y resuelva públicamente—en Chiapas los insurgentes buscaron también eso, inicialmente, en 1994—no admite, al parecer, más réplica por parte de las instituciones y grupos dominantes que cientos y miles de muertes.

En las décadas del setenta y ochenta muchos jóvenes latinoamericanos lucharon y murieron, resistieron y murieron y, ocasionalmente, lucharon, vanguardizaron y triunfaron, como en Nicaragua, o lucharon y creyeron triunfar, como en Chile. Pero eran jóvenes y no un movimiento, la juventud. Los jóvenes eran jóvenes-antidictadura, jóvenes-ecologistas, jóvenes-insurgentes, jóvenes pobladores, jóvenes-mujeres, etc., pero sus reivindicaciones estuvieron determinadas por los

objetivos de su lucha específica, más que por su juventud.

Quizás, en este sentido, la cooptación que el sistema hizo de los jóvenes en cuanto jóvenes, fue todavía más eficaz que la que practicó hacia ecologistas y feministas. Estos últimos se sostuvieron como movimientos y puede seriamente discutirse, todavía hoy, su eventual función material liberadora, a pesar de las fragmentaciones y desencuentros que han tornado confuso y lento su despliegue. La revolución estudiantil y el movimiento de los jóvenes, en cambio, no logró prolongarse. Y sus exigencias-raíces, obviamente, no han sido ni resueltas ni transformadas. Los jóvenes siguen constituyendo un *objeto* para la práctica adulta. Esto implica que son no-personas y, a la vez, medios. Su sexualidad permanece sobre-reprimida, en beneficio, remarcan los padres y los curas, de ellos mismos. Las escuelas masivas a las que asiste la mayor parte de los jóvenes continúan siendo pudrideros existenciales y, a veces, cloacas morales, como lo condensó Pink Floyd en *El muro*. Obviamente, las planifican y administran adultos. Las iglesias acogen a los jóvenes sólo como oficiantes rituales y relegan a los jóvenes al círculo de los sin poder, inmediatamente adelante de los niños. El futuro para la mayoría de jóvenes es hoy un empleo a la vez rutinario y precario, un nicho incluso ambientalmente frágil, o la exclusión, en sociedades marcadas por la violencia, la explotación, el sexismo, las relaciones asimétricas, la indiferencia y la burocratización. Desde luego, el desgarramiento que supone para los jóvenes su relación con y su ingreso a la sociedad adulta, sigue siendo considerado un efecto de su 'inmadurez', de ausencia de realismo. El joven, no las instituciones sociales y su lógica, es culpable. Si durante los sucesos franceses de 1968, Jacques Durandcaux, criticando a las instituciones represivas y anestésicas, reclamaba una cura de desintoxicación, la situación básica no parece ser extremadamente distinta en 1996. Sin embargo, la contestación sistémica de los jóvenes no se manifiesta,

En términos situacionales, no básicos, las condiciones de existencia de los jóvenes más bien se han agravado. Las diversas formas de crisis de las experiencias prácticas y teóricas del socialismo

histórico, el auge del control informático y la acentuación de la tecnificación. La potente masividad de los medios y el monopolio de la información, la aparición de enfermedades de transmisión sexual sin cura, la reanimación de los fascismos, constituyen nuevas cancelaciones de sueños y expectativas. En América Latina, ahora un subcontinente urbano, la mayoría de la población, pero en particular los jóvenes y las mujeres, sufren los efectos de la globalización asimétrica, la instauración de democracias restrictivas o falsas, el fracaso de la revolución en América Central, el moroso deterioro de las expectativas que levantaron Haití y Chiapas. Todas las prácticas de poder están administradas por manos de Salinas de Gortari, Fujimori, Pinochet, adultos, varones, cínicos y crueles. La determinación del poder corre por cuenta de una acumulación mundial que no considera, por definición, las necesidades de los jóvenes, ni de la población, ni del medio natural. Si se desea ser joven, o humano, debe uno pasar a la clandestinidad (social, sexual, política, simbólica). Peculiarmente, sin embargo, algunas de las diversas formas de la presencia juvenil han marcado la apariencia pública (televisada) del final del siglo. La obsesión por la delgadez, la tersura, el vigor y la potencia sexual que saturan los avisos de cualquier tipo, la espontaneidad y la risa permanentes exigidas a los actores que representan la fiesta de un consumo opulento/eterno que no engorda ni encanece ni gesta arrugas, son parte de la adquisición de la forma juvenil que exhibe el adultocentrismo de finales de siglo. Sociedades seniles buscan adquirir, para vender su espectáculo y reproducir y ampliar la dominación, una imagen adolescente que implica un mundo lleno de oportunidades. La serie de televisión *90210 Beverly Hills* condensa bien esta juvenilidad senil, muchachos viviendo existencias de adultos, representándolas, propiamente. La fachada del joven, propuesta como modelo público, contrasta brutalmente con las imágenes de las reuniones de los poderosos (comerciantes, financistas, políticos, autoridades simbólicas, generales) cuerpos porcinos, miradas opacas, pesantez física y chatura moral. Jason Priestley (Brandon, en su principal éxito de televisión), es como desea que lo vean el heroico general Schwarzkopf "La imaginación al

poder", de mayo del 68, se transmutó en el "todo vale, si me place" de la moral del Amo postmoderna

El final del siglo es, por tanto, más que nunca, agresiva e implacablemente antijuvenil En sociedades carenciales y patriarcales, fundadas en la violencia y la dominación, la relación entre los adultos y los jóvenes está libidinalmente marcada por la sospecha y el miedo Para el adulto, el joven condensa la doble amenaza de la liquidación biológica y simbólica En sociedades fragmentarias y escindidas, el joven no expresa la continuidad de la especie, sino la muerte del padre La representación adulta y moderna de la muerte no es una calavera, sino un cuerpo joven, para el cual todo es siempre posible No es casual que la represión francesa del 68 haya visto en las muchachas que arrojaban adoquines cuerpos prostituidos, y en los muchachos 'sucios judíos' con cuyos cuerpos (los judíos carecen de alma) puede hacerse cualquier cosa Existe una relación necesaria, en el imaginario adulto, entre ser joven y ser torturado Un patriarca odia a todos sus hijos y dispone de todas sus hijas

Pero, también, el joven perturba e irrita porque su presencia conmueve la memoria individual del adulto con Id nostalgia y la utopía El joven representa aquí lo que se soñó y nunca se logró porque faltaron la voluntad y el tiempo Carecer siempre de la voluntad y del tiempo es un carácter del adultocentrismo

Es sabido que para los jóvenes, más allá de las palabras y sentimientos de cortesía, que a veces son honestos, las instituciones adultocentricas (parentales, culturales) constituyen ominosas situaciones de contraste distancia infranqueable entre lo que se ofrece y se puede hacer, entre lo que se dice y se hace, entre mandar/obligar y escuchar El mundo adulto vigila y castiga, castra, asusta, y recompensa sólo en los términos de su propia lógica El joven sabe o intuye que debe ingresar mañana a un mundo que no le pertenece El mundo adulto, para el que se le informa, es su muerte

No es raro, entonces, que las preocupaciones de los jóvenes se concentren en la dominación (que los adultos traducen como autoridad) y el trabajo, su identidad, la muerte. Dios y la sexualidad Y no es raro tampoco que, con poco andar autónomo, hagan de estas preocupaciones asuntos políticos, aunque

no necesariamente partidistas Procurar extender políticamente la juventud no se deriva de que ella sea el Paraíso o el reino del juego y la irresponsabilidad, sino del temor/terror que sostiene, sin asomo de expiación, la sociedad adultocentrada

Resulta siempre útil y oportuno, entonces, que los jóvenes digan su palabra en cuanto jóvenes En América Central —y en todo el subcontinente latino/caribeño— esto es particularmente importante porque la región está enfrentada a una modernización inducida (globalización asimétrica) que implica la transformación de sus instituciones animadas ahora por una nueva (o re-enfatizada) lógica de acumulación de capital Bajo esta presión, los jóvenes constituyen uno de los sectores social y culturalmente más fragmentarizados y precarizados

Por ello, cuando la Secretaria Adjunta de Asuntos Estudiantiles del Consejo Superior de Universidades Centroamericanas (CSUCA) se propuso realizar un concurso para que los jóvenes latinoamericanos hablaran, el Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI) apoyó, sin mas restricciones que sus limitaciones materiales, el proyecto El resultado del concurso "Juventud, utopía y alternativa presente y futuro de nuestra América", es parcialmente el que se ofrece en este número especial de *Pasos* La experiencia acumulada por los participantes, el CSUCA y el DEI, y la proyección que podamos lograr de esta experiencia, es algo que no puede evaluarse en estas líneas

Para el jurado, dos trabajos destacaron nítidamente sobre el resto *Juventud y modernización tecnológica* de Carlos Elizondo, y *Ejes juveniles de lectura para desenmascarar las bestias y anunciar los sueños*, de Claudio Duarte El primer análisis fue producido en las condiciones de Costa Rica y el segundo es interlocutor de un sector de los jóvenes chilenos La diversidad de su gestación da una idea de la amplitud y acogida del proyecto del CSUCA. Esta publicación recoge esos dos ensayos. Hemos incorporado, asimismo, el trabajo de Oscar Arévalo, costarricense. *Croquis para algún día (Jóvenes de América Latina en los noventa)* para redondear la muestra de lo que fue la participación de los jóvenes latinoamericanos Por

razones editoriales, no nos es posible publicar aquí otros análisis

En Juventud y modernización tecnológica C Elizondo analiza el impacto de las nuevas e imperativas formas, en particular la dimensión tecnológica, de la globalización en el imaginario del joven costarricense Considerándose protagonista de un drama, se describe como prehistórico en el siglo de las máquinas, nacido para morir de un marronazo, en la escena neurótica de la cibernética Desde este diagnóstico de exclusión, apuesta por la construcción de una sociedad alternativa sostenida por las practicas populares revolucionarias Para él, esto último es trabajar por la vida

C Duarte ofrece un análisis abierto, bajo la forma de ejes de lectura, en su trabajo *Para desenmascarar las bestias y anunciar los sueños* Escribiendo desde los empobrecidos, denuncia que la sociedad adultocéntrica moderna descalifica como criminales incluso los sueños de los jóvenes, motor de su espiritualidad y movilización. A cambio sus instituciones caracterizan ala juventud como un tiempo de preparación para el futuro Su propuesta es pensar con estilo juvenil la sociedad, cuestionar los modelos de ser joven que se imponen desde la lógica de la dominación y buscar las materializaciones de un movimiento juvenil popular "Ser delincuente", escribe, "para quien ha sido expulsado toda la vida, es una condición de posibilidad para articular vida y vida en abundancia"

En *Croquis para algún día*. O Arévalo liga la categoría de adultocentrismo con dominación patriarcal de género y concluye que sin una adecuada redistribución del poder social no resultan separables, en la informatizada/ no experiencial sociedad moderna, las condiciones de ser joven/ser víctima. Reclama, asimismo, el derecho a pensarse históricamente en el proceso de ser joven y la urgencia de construir una identidad diferente, propia, con otros y para otros actores populares. Ojalá las voces de estos analistas jóvenes convoquen al encuentro, la discusión y la fraternidad, esos signos de "contactos humanos" que reclamaron con urgencia, como testimonios de una diferente espiritualidad, quienes lucharon como movimiento estudiantil hace ya casi tres décadas. Los movimientos sociales no demandan

continuidad natural, sino interlocuciones antecedentes. La latinoamericanidad de los trabajos que aquí se presentan es una prueba de ello.

Enero, 1996.